

Año de la Fe "Unidad en la Diversidad" Homilía de la Misa de Apertura

Nota del Editor: En su Carta Apostólica del 11 de octubre de 2011, *Porta Fidei*, el Papa Benedicto XVI declaró que un "Año de la Fe" comenzará el 11 de octubre de 2012 y concluye el 24 de noviembre de 2013. Durante el Año de la fe, los católicos se les pide a estudiar y reflexionar sobre los documentos del Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica para que puedan profundizar su conocimiento de la fe

Lo que sigue es una transcripción de la homilía del obispo Charles C. Thompson del 11 de octubre "Misa de la Unidad en la Diversidad" en la catedral de San Benito en Evansville, lo que significó el comienzo del Año de la fe en nuestra diócesis.

Catedral de San Benito, Evansville

11 de octubre 2012

Lecturas: Gálatas 3:1-5; Ps (Lucas 1:69-75), Lucas 11:5-13

Al inicio, las primeras palabras de la primera lectura suenan bastante ásperas. Por aquello de, "¡Oh gálatas tontos." Se nos ha enseñado desde muy temprano en la vida que no es de buena educación llamar a alguien "tonto." Evidentemente, la madre de San Pablo no hizo un buen trabajo con el vocabulario de su hijo.

Pero de nuevo, se trata de San Pablo. De algún modo, sospecho que él era ya todo un personaje de niño como lo fue de adulto. Su punto de vista sobre el valor del Espíritu en la vida de los creyentes, sin embargo, es un aspecto esencial de la fe. Es el Espíritu que nos habla a través de la palabra escrita y proclamada de Dios. El Espíritu es el que nos pide e impregna nuestras buenas obras. Hacemos bien en encomendar este Año de la fe a la orientación, inducción y la acción del Espíritu. Podemos hacerlo con mentes y corazones abiertos al Espíritu Santo. Es el Espíritu que ata a nuestra unidad en la diversidad.

Los católicos de las diócesis de todo el mundo han entrado en un especial "año de gracia", que marca el 50 Aniversario de la sesión de apertura del Concilio Vaticano II. Por supuesto, este año también marca el 20 ° aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica. Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, exhorta a todos y cada uno de los católicos bautizados, jóvenes y ancianos, clérigos y laicos, para comprometernos con una adopción cada vez más profunda del estudio, la reflexión y la oración. Específicamente nos anima a enfocarnos a los documentos del Concilio Vaticano II y del Catecismo para descubrir de nuevo el contenido de la fe que se refleja necesariamente en la acción del auténtico discipulado con el testimonio de Jesucristo.

El pasaje del Evangelio de San Lucas, la lectura del evangelio de ese día, destaca que el axioma que data desde San Anselmo, a saber, el impresionante poder de "La Fe que busca el entendimiento" Aquí, Jesús exhorta a sus discípulos a pedir, buscar y llamar a la puerta. En otras palabras, a la luz de la exhortación de nuestro Santo Padre, a los que tratan de seguirlo deben perseverar en el estudio, la reflexión y la oración. Tal perseverancia, Jesús nos asegura, vale la pena.

"La fe en la búsqueda del entendimiento" denota una sensación de movimiento. Este movimiento, en el lenguaje de la Iglesia, es conocido como formación y educación; una conversión continua.

Esto es lo que significa ser misionero. La Iglesia existe para la misión de la evangelización. Todos los bautizados están llamados a participar en esta misión. La plena participación en esa misión requiere que no sólo estamos dispuestos a ser instrumentos de evangelización, sino que seamos humildes y valientes para estar abiertos a ser evangelizado. Celebrando la diversidad dentro de la unidad de lo que significa ser Iglesia, el ser Pueblo de Dios, estamos llamados a tomar de la rica herencia de la lengua, la cultura, la sabiduría y experiencias de entre los distintos pueblos que conforman el rostro de la Iglesia. Esta noción de la unidad en la diversidad, que subyace a lo que significa ser católico, nos lleva a buscar el diálogo con otros cristianos y más allá, incluyendo creyentes y no creyentes (por ejemplo, judíos, los musulmanes, los budistas, los hindúes, etc.)

Se nos ha dado una tarea tremenda, la de continuar la misión de Jesucristo, es decir, para proclamar la buena nueva a medida que tratamos de adoptar la voluntad de Dios en todas las cosas, así como darse cuenta de la plenitud del Reino de Dios. No es una tarea fácil, para no abundar en el tema. Está más allá del alcance del simple mérito humano. Debemos confiar en el Espíritu Santo para progresar o tener éxito. Al hacer esto, vamos a transformar el mundo. Cualquier otra cosa sólo dará lugar a que seamos nosotros los transformados por el mundo. El objetivo de esta transformación, sin embargo, debe comenzar dentro de nosotros. Ser auténtico en nuestro testimonio de la fe, hay que adherirse a la doctrina de la Iglesia acerca de la formación, la educación y la conversión como un proceso permanente y continuo. Nosotros realmente debemos conocer nuestra fe, si vamos a proporcionar una representación creíble de la fe católica y sus enseñanzas. No debemos perder de vista que toda auténtica cooperación con el Espíritu Santo necesariamente significa apuntar a Jesucristo en lugar de llamar la atención sobre nosotros mismos. Él, a su vez, exige que todos presten atención a la buena nueva del reino de Dios que tenemos en frente de nosotros.

Nos hemos vuelto demasiado polarizados en prácticamente todos los ámbitos de como relacionarse- no sólo política y económicamente, sino también en las creencias y prácticas religiosas. En la polarización, cada extremo está convencido de haber arrinconado la verdad. Por lo tanto, no hay necesidad de diálogo, el respeto mutuo y la voluntad de escuchar. Una opción de la existencia no es fiel a la identidad católica. La Ortodoxia católica, la verdad auténtica, se encuentra en el centro y no en los polos extremos. En este Año de la Fe, al celebrar la "unidad en la diversidad", propongo que nuestra credibilidad está dentro de nuestra capacidad de ser coherentes con el acercamiento a los valores, los principios y la verdad de la fe; La Unidad y La Diversidad; El Ser y El Hacer, La Formación y La Educación (en proceso permanente de conversión); La Paz y La Justicia, El Ministerio y El Servicio, La Palabra y Los Sacramentos, Las Escrituras y La Tradición (Depósito de la Fe); Liturgia y Enseñanza Social (Fidelidad a los dos conjuntos de principios), Dios y prójimo (los dos grandes mandamientos de amor); Valor y Compasión (Enseñanza de Vida y Convicciones de vida); La Cruz y La Resurrección (camino del discipulado), Vida y Muerte; Nacidos y No-nacidos (Respeto a la Vida); La Ley y El Espíritu, La Religión y La Espiritualidad, El Clero y Los Laicos, La Fe y La Razón, la

antigüedad y La Misión, La Mente y El Corazón, El Cuerpo y La Sangre. Ambos y cada uno adoptan nuestra fe y nos llevan al centro de la unidad en Jesús.

Cristo nos enseña que en vez de ser jalados por cualquiera de los extremos de la polarización. Jalar hacia los extremos exteriores, hace que suframos división. Por lo contrario, el ir hacia el centro, hace que disfrutemos de la unidad del espíritu. Para ser una comunidad realmente eucarística, debemos de permanecer centrados en Cristo.

Si le pedimos, recibiremos. Si buscamos, encontraremos. Si tocamos la puerta, se nos abrirá.

No necesariamente recibiremos, encontremos o entraremos por la puerta de los deseos personales. Si somos fieles a acoger la voluntad de Dios y buscar primero el Reino de Dios, vamos a recibir, encontrar y entrar en la puerta de lo que necesitamos para nuestra misión y nuestra salvación. Sólo tenemos que tener fe y permanecerá abiertos de mente y de corazón a la gracia transformadora de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y el Espíritu que nos une como "una, santa, católica y apostólica." No hay mejor manera de empezar que "la fe que busca entender".